

PREÂMBULO

Manuel Fernandez-Miranda Fernandez, in memoriam

Manolo Fernandez Miranda nació en Gijón en Octubre de 1946, de una familia de clase media que pasó estrecheces para que la generación de su padre estudiara. La temprana muerte del abuelo dejó a la familia sin recursos, y el padre, químico de profesión, ayudó expresamente a sus hermanos. Alguno de los ellos, Torcuato, el que fué Vicepresidente del Gobierno, lo comentaba y agradecía siempre. D. Manuel padre era el mayor de los hermanos, y Manolo el mayor de los sobrinos.

D. Manuel era químico en Gijón, profesor de la Escuela de Peritos, del Instituto Jovellanos y del Colegio de la Inmaculada. Era un ilustrado gijonés, que llamava a los de Oviedo «nuestros hermanos del sur», y ejercía de costero. Sólido, afable y serio guasón, imaginativo y cariñoso, D. Manuel. Manolo le debía bastantes de sus condiciones de carácter, más explosivas en su caso y más calladas y suaves en el de su padre y amigo.

Manolo vino a Madrid temprano, para jugar al balonmano en los campeonatos escolares del año 60 o 61, no lo recuerdo bien, pero yo también estuve en esa convocatoria. El año 63 vino definitivamente a estudiar la carrera de Filosofía y Letras y aquí permaneció siempre, muy arraigado en la vida capitalina, muy necesitado de bullicio y relaciones públicas, siempre activo y metido en cien cosas.

En Madrid, Manolo hizo, entre otros, una serie de amigos en la Universidad, que continuaron siéndolo al cabo de los años, a pesar de dedicarse a lo mismo y de proponer una posible competencia, a la que él era muy sensible. Entre aquellos de entonces y de los de después, me cuento. Desde el segundo curso de la carrera hasta la actualidad nuestras vidas han estado relacionadas de cerca, con las alternancias de cualquier relación profunda que es capaz de sobrevivir tanto tiempo y bien.

Aquella fué la generación del 68. La del momento de la gran eclosión universitaria, la de la respuesta contra la dictadura franquista, la de los sueños y las enormes esperanzas, la de la neurosis y la contestación en todas las actividades. La realidad se nos ofrecía a raudales y creíamos que podíamos dominarla. Toda entera había que revisarla, Dios, familia y Patria incluidos. La amistad era

un valor incontestable, la relación de pareja variable, la sexual casi milagrosa, el dinero despreciable, la renovación de la sociedad urgente y necesaria, la solidaridad imprescindible, la verdad inevitable y valiosa, la ciencia histórica una ilusión inmediata, una pasión, un modo de ver la vida. Manolo tradujo, con la ayuda de algunos más, las pintadas del Mayo francés. En Gijón teníamos un grupo libertario en el que aprendimos vivencias y solidaridad. En la Universidad colaboramos con las organizaciones de la época, más o menos clandestinas, corrimos delante de los grises y nos deprimimos entre copas por la situación del país.

Poco queda de lo que entonces creíamos. Poco se consiguió. Los ilusionados jóvenes de antaño son hoy calvos y gordos señores que tienen mucho que conservar. Su solidaridad se ha convertido en individualismo salvaje y el dinero ha ocupado el puesto de la transformación de la sociedad. Son nuestros compañeros, nuestros coetáneos, los causantes de la situación actual, los que hoy son capaces de justificar lo injustificable, lo que nos convirtieron en una sociedad mercantilista y no respetan la hacienda del vecino. Con Manolo y otros buenos amigos creíamos que esto no debía ocurrir. El ya no puede ayudarnos.

Manolo era volcánico, apasionado, expansivo, terriblemente reservado, caprichoso, imaginativo, travieso y trabajador. Siempre mantenía abiertas varias actividades al mismo tiempo. Probablemente cada una la permitía huir de las demás. En la Universidad estudió bien, de modo irregular, como la mayor parte de nosotros, pero bien. Tenía una gran capacidad de síntesis y hacía unas pequeñas fichas, consecuencia de las largas noches de estudio primaveral centrado, que no había cristiano que entendiera. Juan Pablo, Ricardo, él y yo nos presentamos a la mayor parte de los catedráticos, solicitando trabajar con ellos. El y yo nos decantamos hacia la Prehistoria, por interés hacia la materia, y por lo que tenía de vital y campestre, no especialmente por la enseñanza que recibimos.

Al terminar la carrera en el 68 seguimos con la corbata y comenzamos a dar clase en la Complutense. Manolo siguió casi siempre en la casa madre. Era el más almagrista de los discípulos de Almagro. Preparó un curriculum abundante y fué Profesor Agregado de su Universidad, la Complutense, diez años después. Su carrera fué fulgurante. Su hacer brillante y exitoso, sus relaciones cada día mejores.

La Universidad, sin embargo, pronto quedó pequeña para Manolo. Deseaba un ámbito mayor. Comenzó como Subdirector General de Arqueología con la UCD, nombrado por nuestro amigo y compañero de un año superior Javier Tusell, y continuó como Director General de Bellas Artes con el primer gobierno Socialista, haciendo cosas de evidente interés, como la Ley del Patrimonio, de la cual fué el auténtico responsable.

En los últimos años, siempre citaba aquella actividad como: «... el mal momento en el que se me ocurrió meterme en política...». Manolo era un profesional de la Prehistoria que en un mal momento decidió meterse en política,

de la que salió con la misma rapidez y violencia con la que había entrado, tras una dimisión tajante y sonada que le malquistó para siempre con muchos mandos del partido del gobierno. Sin embargo había mucho del ruido y de la agitación de la política, administración, o vida pública, que Manolo necesitaba para sobrevivir.

Al volver a la vida universitaria, y al peculiar Departamento de Prehistoria de la Universidad Complutense, consiguió mantener aún una atadura con la vida pública, a través de la Fundación Ortega y Gasset, comandada por otro de nuestros amigos de la carrera, Pepe Varela. Allí siguió excediéndose en trabajo, trato, montajes, relaciones y vida poco organizada. Entregó mucha vida y mucha ilusión en esa actividad y la puso por delante de las demás. Espero que sepan agradecerse.

Llevaba ya diez años mal del corazón, tenía hipertensión crónica, no podía estar al sol en las excavaciones. Encontró en esos años un equipo de trabajo, bueno, capaz y trabajador, al que aportaba su colaboración, pero que además lo mimaba y protegía. Con él produjo excelentes trabajos científicos. Fué su mejor momento. Estaba más tranquilo, había aceptado gran parte de esa realidad de la que tanto había huido, y lo que hacía era importante, menos triunfal que en su brillante principio, pero sólido y posado.

Manolo colaboró en la formación de abundantes equipos de investigación. Cuando murió le quedaban Concha, Pachula, Germán, Javier, María, Alicia, y en ocasiones, y para temas canarios yo mismo, pues, a pesar del transcurso del tiempo, seguimos colaborando. Nos habíamos acostumbrado a hacerlo y respetábamos muy mucho nuestras diferentes posiciones.

Dirigió muchas tesis doctorales, algunas de profesionales que hoy son de importancia. Tuvo muchos alumnos, algún discípulo. Tuvo muchos amigos, algunos muy buenos. Tuvo amores, variables, hasta la tranquilidad final. Vivió muy intensamente, deprisa, de modo excesivo, poco previsor. Era fuerte. Parecía que lo iba a aguantar todo.

No ha sido así, Manolo, también muere la gente como tú. Te llevas una parte fundamental de nuestra vida. Te vamos a echar de menos, Manolo, amigo.

Madrid, 5 de Septiembre de 1994.

Rodrigo de Balbín Behrmann

Universidad de Alcalá de Henares

Secretário-Geral do Congresso para Espanha



Manuel Fernandez-Miranda.